

clima borra los caminos y á las praderas presta el aspecto de un Océano sin límites, en el cual con dificultad se orientan la ignorancia y la zozobra. ¡Cómo los insectos del aire se congregan para cebarse á una en la indefensa desnudez! ¡Cómo las zarzas, y espinos, y abrojos se clavan en los piés al fijarse sobre aquel inhospitalario suelo! ¡Cómo las plantas parásitas parecen látigos que os azotan las espaldas! Tras un voraz y abrasador día pasaban á una, ora glacial, ora tormentosa noche. Aquí los aguardaba un lago para hundirlos en sus lodazales; allá un volcán para devorarlos en sus erupciones. El terremoto allí trocaba la tierra en algo tan zozobroso como el Océano mismo, y la tempestad encendía los cielos en el centelleo de sus relámpagos. Al estallido de la erupción, al trueno de la nube, al bramar del aire mezclábanse los silbos de las serpientes y los aullidos de las fieras. Todo el alimento de aquellos cuitados eran raíces, toda la vestidura palmas y otras hojas, cual si hubiesen vuelto á los tiempos donde se hallaban encerrados los hombres en las entrañas del planeta y confundidos con las especies inferiores. ¿En qué caverna se refugiarían donde no topasen con un tigre? ¿A qué cañaveral pedirían frescor y sombra sin riesgo de despertar un cocodrilo? ¿Qué tronco de árbol no llevaba en aquel edén indio ceñida y enroscada su ser-

piente? Nala juntaba su voz á todas estas plagas, maldiciendo el día de su nacimiento y renegando de aquellos que para tales dolores lo engendraran. Pero Damayantia no veía sino que su esposo estaba con ella. Lo demás parecía de todo en todo indiferente. Contra la desnudez veía los palmerales, contra el hambre las frutas llovidas sobre sus cabezas por aquellos pródidos árboles. A lo mejor cogía campánulas celestes y se trenzaba una corona hermosísima, ó rojas y lucientes semillas para un collar que vistosamente adornaba su cuello. No desesperaba de tener un asilo seguro á pesar del embravecimiento de toda la vida contra ellos, como tienen madrigueras y nidos los más débiles y más desarraigados animales. Con tal de que á su lado se hallase aquel á quien había unido su vida, parecía despreciable la muerte. Pero el príncipe todo lo echaba de menos y á cada paso instintivamente ponía en parangón su anterior con su presente situación. Al ver un tigre invocaba su legión oficial de diestros cazadores; al ver una serpiente amenazadora, el fascinador dispuesto siempre á sujetar y adormecer con sus fascinaciones tan tremendos reptiles. ¿Dónde se hallaba el arco aquel que le diera una especie de dominación sobre las criaturas? ¿Dónde los domadores de su corte que le llevaban sometido y amansado el elefante? En vez de los lagos celestes

con sus blancos cisnes, el río con sus amenazadores cocodrilos. En vez de sus áureas sandalias sembradas de perlas, los zarzales sembrados de agudas espinas. En vez de aquel airecillo que sacudía las hojas del rosal y del azahar sobre sus cabellos, el huracán que los azotaba. En vez de las brillantes iluminaciones en los palacios y de las llamaradas sacratísimas en los holocaustos, el volcán abrasador con sus terremotos y su continua erupción. Bajo aquel cielo abrasador en que los rayos asoladores y las tempestades intensas lo devastaban todo, el rey echaba de menos desde la sombra de su solio hasta la sombra de su paraguas. Y no había palabra de Damayantia que procurase consuelo á su alma desgarrada por la desesperación, ni cuidado que le trajese alivio á la enfermedad, lenitivo al dolor. Un sombrío anhelo de la muerte se le había entrado en el corazón.

Damayantia se ocupaba tan sólo en conjurar el dolor de su marido y en socorrerle, como si el mal fuese únicamente para él y no para ella. Una ráfaga de viento fuerte levantó un montón de hojas secas, bajo las cuales apareció la capa de un pobre. Tal hallazgo pródigo le consideró la mujer como un alivio enviado del cielo, mientras lo consideró el marido prueba de que ayer los brutos carniceros habían devorado allí un infeliz, como indudable-

mente mañana los devorarían á ellos. La pobre y valerosa mujer le recordó con tal motivo que siempre le quedaban al amante los brazos de su amada, y Nala movía triste la cabeza sin columbrar esperanza ninguna en aquella desolación, asidero en aquel naufragio. En vano le proponía la esposa irse á los dominios patrimoniales suyos, mover al rey su padre, y, demandando y obteniendo perdón, quedarse allí, do al cabo tendrían que reinar un día; resistíase con invencible resistencia el príncipe por no hallarse con fuerzas para mostrarle ¡ay! la indigencia en que había precipitado á su hija. La contradicción entre aquellos dos seres no podía ser más patente. Mientras ella casi bendecía el dolor que le diera medios de mostrar al marido su infinita pasión, él se laceraba cuerpo y alma en las penas de su remordimiento. Ni siquiera el recurso de un sueño beato le quedaba. Esa diaria tregua del dolor no tenía cabida en su ánimo. Damayantia dormía más y mejor. Su seno palpitaba con el movimiento de la vida; su respiración era como la de un pequeñuelo en la cuna; sus párpados apenas podían encubrir el resplandor de sus ardientes ojos, y en el descanso, hasta sus carnes amoratadas por la inclemencia del aire ó por la rudeza del clima tomaban toda su virginal delicadeza y transparencia como en sus días mejores. Al verla tan her-

mosa, con esa hermosura exterior que revelaba su cuerpo, y con esa hermosura interior que revelaba su tranquilo sueño, debía sentirse Nala más asaltado por sus crueles remordimientos. Ella le había hecho feliz á él, y él, en reciprocidad y pago, infeliz á ella. Pero, en su desvarío, sólo alcanzaba conceptos conducentes á endurecer más aún su ya duro natural y á infligir nuevos tormentos á quien le había dado tan sólo amor y felicidad. Su corazón le decía lo peor, su corazón le decía que aquella su virtuosa y bella mujer iba indudablemente á perpetuar su infelicidad mientras él extendiese la sombra nefasta suya sobre aquel cuerpo, sobre aquel espíritu, sobre aquel nombre; y precisaba una inmediata separación. Mientras estuviese con su marido todo en derredor suyo se tornaría mal y ponzoña. Pero separados, renacería para ella la perdida bienandanza. Las apsaras la bajarían del cielo ricas vestiduras, los dioses la tomarían por esposa, el duro suelo se trocaría en lecho de flores bajo su cuerpo, y aquella capa de pobre, toda remendada y con agujeros, en manto celeste sembrado de argéneas estrellas, como el que ceñía en su boda. Tras todas estas consideraciones, un solo pensamiento se imponía con imperio al ánimo de Nala: el de abandonar á Damayantia y abandonarla sin vacilación á causa del amor inmenso que hacia ella sentía. ¡Terrible sofisma! No

alcanzaba en su ceguera todos los crímenes que había dentro de su seno contenidos. Abandonándola en aquel desierto, adonde la impeliera él mismo, exponíala, con seguridad, á inevitable muerte. Las fieras habían de atreverse más á ella sola que á los dos juntos. Bastaba el terror de la soledad con la pena traída por su ausencia para concluir con la bella joven y allí mismo enterrarla. Contra el hombre todo en la tierra se alza. Puede reposar el ave sin más lecho que la hoja suspendida sobre su cabeza, y el hombre necesita separarse mucho de los elementos en casas muy preservadas de la temperatura exterior, si llevase disuelta ésta en sí la muerte. ¿Cómo aquel bárbaro no comprendía que dejar una mujer abandonada en el universo equivalía seguramente á dejarla en el sepulcro, mas sin la quietud que trae consigo aparejada la muerte? En verdad algunas veces vacilaba. Poníase á mirar en el abismo, y helábale de terror su ancha boca, en la cual aparecía inmolada y herida la bella figura de su esposa.

Pero pocos estados en el mundo tan graves y difíciles como el estado moral en que se hallaba el joven príncipe, combatido entre su deseo de permanecer junto á la esposa virtuosísima y su deseo de quitarle aquella sombra nefasta de fatalidad que creía perpetuamente acompañarle, proyectán-

dose como una maldición terrible sobre todos los suyos, y especialmente sobre quien le pertenecía más de cerca. Si él se iba, temía con razón que, al despertarse Damayantia y verse completamente sola, no pudiese resistir á la pena y angustia de su corazón, ni á la tristeza y soledad de su abandono, ni mucho menos al terror que debían inspirarle todos los elementos desencadenados y subvertidos en su contra. Cuando pensaba en esto, en las aficciones que debían subseguir necesariamente á la viudez, en cuyo seno dejaba el infeliz á la princesa, tan digna de otra suerte, resolvíase por quedarse fijo é inmóvil en aquel suelo donde al fin y al cabo podían los dos en paz dormir el sueño inacabable. Pero si Damayantia había pasado desde su gran ciudad al desierto, caído desde su trono al abismo, vístose perseguida por todos los elementos que otras veces la solían seguir y acariciar, debíase principalmente cambio tal á la mezcla de desgracia que había puesto en su vida y en su persona el amor de Nala. Cuando esta idea le asaltaba y se le imponía con verdadero vigor, el príncipe se cegaba, y sin comprender todas las amarguras que su ausencia derramaría en aquel generoso y enamorado pecho, decidíase, con cruel decisión, por inmediato apartamiento. Pero luégo, apenas tal idea se fijaba con solidez en su mente, sobrevenia,

como inmediata consecuencia, el espectáculo de la pena que iba en aquella terrible situación á herir el alma de su amada, la cual había querido pasar por todos los dolores más acerbos menos por el dolor de una separación perdurable. Todo lo había sufrido en calma y con serenidad aquella heroína del amor, modelo de santas esposas, todo cuanto puede sufrirse, pues el infortunio se había presentado á ella en todas las formas imaginables, menos la separación de Nala. Si le hubieran propuesto arrancarle su esposo ó arrancarle su corazón, preferiera que le arrancaran el corazón, por creer más fácil vivir sin éste que vivir sin su idolatrado Nala. ¡Y aun creía posible que Damayantia sufriese la pena de su ausencia!

Pero se fué. La idea de que los dioses pudieran protegerla el día en que la encontraran dividida por completo de él, rotos los lazos por cuyo enlace habían vivido juntos, esta idea le subyugó hasta conducirle al temerario golpe descargado con su separación y ausencia sobre quien tanto lo amara, prefiriéndole á todos los dioses del cielo indio. Así, al irse, dijo en sus adentros que sus perseguidores quizás se tornaran sus amigos, impeliendo los huracanes á trocarse por encanto en brisas y las alimañas feroces en corderos, si él se iba con su maldición y con su castigo después de dejarla en aquel

momento supremo sola con su inocencia. Y en efecto, se fué, matándola por no matarla. Nunca estuviera tan hermosa. La inocencia de su alma se transparentaba en su faz y hasta en todo su cuerpo. Aquellos labios entreabiertos, como para recoger un casto beso; aquel pecho que apenas, á impulsos de dulce respiración, se levantaba; los entornados párpados tras los cuales una dulcísima serenidad se veía; el velo de sus formas, semejantes al tejido hermoso de las albas azucenas, todo atraía y fijaba la voluntad y el pensamiento en torno de aquella incomparable joven. Los dioses, al perseguirla por su matrimonio, como la persiguieron, habían aumentado su hermosura. Diríase, al verla en las selvas, que una estrella se había caído del cielo y que la luna pálida se había bajado á la tierra. Solamente las ilusiones, las esperanzas, la inspiración, todas esas formas del alma feliz podían ponerse junto á una mujer como aquella, y podían con su encanto y su prestigio compararse. Nala echó de menos el reino, el poder, el trono; pero ella sólo podía echar de menos á Nala. Si éste la hubiera creído y escuchara su voz, desaparecieran de todo el mundo habitado y se fijaran en su fecunda soledad. Los magnolios podían ofrecerles aún ramas tan olientes para coronar y abrigar sus cabezas cual aquellos sándalos con bellas incrustaciones

de marfil y oro puestos en las techumbres de sus palacios. No hay trono tan alto como un monte por cuyas faldas corren las nubes ofreciendo blancas alfombras á los piés. La hermosura de aquella mujer encontraba por todas partes cristalinos lagos que la sirvieran de claros espejos. Con hojas de cedro, con mirtos, con palmas, con flores de azahar puede mullirse un lecho donde reposen tranquilos dos amantes. ¿Para qué se necesita el dominio de los demás? Feliz quien logra el dominio sobre sí mismo. Por consecuencia, Nala cometía un inútil delito abandonando aquella mujer, que se creía feliz sin trono, sin fortuna, sin cortesanos, sin sociedad, con tal de hallarse junto al esposo á quien había entregado toda su alma.

Dada tal situación, imaginaos el despertar de Damayantia. Nunca se considerara tan feliz. Había soñado hallarse allá en los jardines por donde corriera su infancia, cerca de un fresco arroyo que relucía y cantaba, junto á un granado que desprendía purpurinas hojas sobre su cabeza, oyendo el cántico de las avecillas, apoyada en su esposo como la hiedra en el tronco, absorta en la melodía de todas las cosas y el coro de todos los seres sobre cuyos acordes se levantaba el gorjeo bendito de un ruiseñor enamorado. Tras tal sueño, imaginaos cómo se presentaría la realidad á ella. Al vol-

verse y no encontrar á Nala, ninguna sospecha ni presentimiento tuvo de lo que hiciera. Esperó un momento aguardando su inmediata presencia. «¡Nala!, ¡Nala!» gritó serena después de haber esperado unos instantes. Y como no apareciese, volvió á gritar, atendiendo con oído muy abierto á la respuesta. Repercutida la voz en cercano montecillo, creyó la cuitada que le respondía su amante, y no le respondía. Respondióle un eco cruel complaciéndose con triste complacencia en remedar su voz y su palabra. Y como sus dos voces, la suya y la de su marido, se habían identificado, cual sus acentos, cual sus almas, cual sus ideas, el eco, repitiendo los dichos de Damayantia, parecía repetir y remedar al mismo Nala. Cansada la infeliz de gritar púsose á recorrer todo aquel recinto en busca de su esposo. Creyó que se habría escondido, no tanto para burlarla como para experimentar en su pena y en su tristeza testimonios nuevos de su amor. Inútilmente Damayantia daba vuelta en torno de los cedros; sólo veía el águila que se levantaba de su copa gigantesca, y el frío lagarto que se deslizaba por su tronco. De los árboles íbase á las grutas, pero en las grutas solamente se oía el maullido de las panteras. Miraba de nuevo á los árboles, tendiéndoles afanosa los brazos, y en los árboles sólo veía bien el papayayo, que saltaba, bien el

colibrí, que se perdía como una estrella en el éter, bien el mono, que se burlaba de aquella mujer infeliz. Entonces ya le asaltó, tras tanto buscar y rebuscar en vano, la convicción de verse tristemente abandonada. Y un dolor intenso la sobrecogió, no de miedo á los elementos que la circuían y acechaban, de horror á la triste ausencia de aquel esposo por cuyo amor despreciara el amor mismo de los dioses. Entonces dirigíase á éstos para que la socorriesen. Y, en efecto, si no han hecho el mundo como un potro inmenso de tormento, si no han querido gozarse y divertirse desde lo alto en ver cómo los humanos representan una eterna tragedia, si no han arrojado los mundos en los espacios como el jugador arroja los dados en los tableros, debían oír á la víctima de su juramento, á la mártir de su fidelidad y de su amor. Pero la desoía el cielo. En vano alzaba los brazos en su naufragio á las playas celestes. Todas á una se habían cerrado para ella. En tal estado, la fiebre de su retina le dibujaba el anheladísimo esposo, por el cual, en aquella especie de locura generada en su dolor, sentía unas veces propensiones incontrastables y otras veces hasta odios y repugnancias invencibles. Así, reconcentrábase atónita en pensar lo que hiciera si lo hallara. En unos momentos asegurábase á sí misma que, al verlo, se lanzaría sobre su cuerpo como una

hiena, y abriéndole con ambas manos el pecho, arrancaríale de allí el duro corazón, exprimiendo su negra sangre sobre la tierra para que no volviese á latir una vida como aquella, terrible ponzoña del infierno. Y otras veces asegurábase que si le viera enlazaría sus brazos al cuello, suspendería los labios de sus labios, secaría con su propia cabellera los piés ensangrentados de recorrer el camino por donde había huído á su mujer, y le mulliría un lecho de flores donde reposara su cansado cuerpo. De todas suertes, Damayantia no pensaba tanto en los horrores que la circuían como en el descastado y cruel que la traicionaba.

Por fin Damayantia decide peregrinar en busca de su esposo mientras le queden fuerzas. Con su propio cuerpo debe abrirse camino; con su propia voz, que ora imita el plañido de la corneja, ora el clamor de la gaviota, debe conjurar las voces de amenaza que por todas partes se oyen. Y, sin embargo, los espectáculos terribles no la entristecen y apenas tanto como los espectáculos tiernos. Ha pasado junto á un tigre sin asustarse; pero al ver dos tórtolas requiriéndose y arrullándose, ha creído perecer de dolor. Y anda, y anda siempre desolada tras su esposo. Pero, de súbito, entre los juncos y espadañas que crecen á la orilla de los torrentes, sale un reptil amenazador, el cual ¡ay! le muestra

sus áspides y amenaza herirla. ¿Qué hará para defenderse? Corre, grita, reza, ofrece á los dioses holocaustos, demanda socorro á las cosas inanimadas, y por doquier la circuye una soledad, en cada una de cuyas particulillas está encerrada la muerte. Después de haber luchado días y días, noches y noches sin dar en ninguna parte con su esposo, persuádese Damayantia de que se halla por su mal abandonada para siempre, y á tal persuasión concibe una idea terrible, la idea de que, si volviese nuevamente al regazo de Nala, no podría quererlo y estimarlo como antes lo había querido y estimado. Á tal convicción horrible no queda más que un supremo recurso; el recurso de morir y de morir pronto, porque no tiene la vida humana para ella ni precio, ni horizonte, ni perspectiva, ni halago, ni seducción ninguna. Y con aquel valor que le había servido para desafiar todas las desgracias y para correr la terrible tormenta en que la sumergieran todos los furios del cielo y del mundo, se arroja por una sima, y cae despedazada en su fondo. ¿Y cuándo? Cuando Nala volvía con sus guerreros, á quienes encontrara en el camino, dispuestos por superior mandato de su padre á devolverle su corona. El guerrero se retornó entonces para buscar á su amada y reintegrarla en su palacio. Mas en el punto mismo de su aparición, ella caía

ensangrentada por las laderas y herida por la flecha del desengaño. Nala vió ya que su abandono le había quitado la vida y se proclamó al frente de su ejército el sacrificador, ó más bien, el asesino de su esposa. Y no pudiendo ya ofrecerle ningún holocausto, sino su propia vida, se despeñó por los riscos y fué á buscar allá en las insondables honduras el tálamo frío y único en que podían unirse para siempre dos destrozados cadáveres.

---



## KUMARITA

---

En varias ocasiones hemos hablado ya de las metamorfosis porque la mujer ha pasado en las sociedades arias, y con especialidad en las sociedades indias. Hemos dicho que la monogamia se debe al ario en la civilización, y que sin monogamia resultaría la familia de todo punto imposible. Nuestra religión monoteísta, nuestra moral severa, brotaron allá en los desiertos de Madián y en las orillas del mar Rojo; pero nuestra familia y su organización, el arte nuestro y sus inspiraciones, la filosofía y sus ciencias añejas, la política y sus múltiples organismos, débense principalmente á las razas arias. En la India el cielo está poblado por una trinidad metafísica y el mundo poblado por una trinidad moral. Es la trinidad metafísica de los indios aquella Trimurti en cuyos términos capitales se contienen todos los aspectos del Sér divi-